

Área 3: EL QUEHACER CIENTÍFICO

(Persona y educación. Educación para la vida, la libertad, la identidad personal, la integridad física, psíquica y moral. Formación en valores)

Título

*“Encendiendo el conocimiento para iluminar el
Candelero de la Vida”*

Resumen

Se pretende exponer la relación docente-alumno desde una mirada diferente, teniendo en cuenta que ambos son seres humanos, con cuerpo y alma, personas con sentimientos, percepciones, ilusiones, motivaciones, metas, necesidades y tantas otras cosas en común, pero sin embargo tan diferentes.

Como docentes transitamos un camino arduo y difícil, el camino de iluminar el conocimiento de nuestros alumnos, ¡tarea pequeña la nuestra! Ser tutores, guías, consejeros entre otras tantas actividades de nuestro rol, que se verán reflejadas en el desarrollo de nuestros alumnos como profesionales el día de mañana.

Datos del autor

Lic. Ana Verónica González, Departamento Académico de Humanidades Docente Asociado efectivo de la cátedra de Psicología de la Organización II y Adjunto a/c de la cátedra “Seminario de Profundización: Liderazgo y Conducción de Personal” de la Carrera de Lic. en Psicología Organizacional. Universidad Nacional de La Rioja.

Introducción

El mundo, la sociedad nos enseña a categorizar, a dividir blanco de negro, grande de chico, frío de caliente. De este modo, caminamos por la vida dividiendo las cosas. Dividimos los roles y las situaciones desde los ideales, los sentimientos, las formas y modos con que nos criaron y con los cuales nos desarrollamos.

¿A que no lleva todo esto? Nos lleva a pensar el rol del docente y del alumno como disímiles, como diferentes y hasta opuestos el uno del otro.

Pero ¿acaso docentes y alumnos no pertenecemos a una misma categoría denominada seres humanos? ¿De qué hablamos entonces? ¿Con qué vara medimos y somos medidos? Debemos recordar que a los ojos de Dios somos todos hermanos, somos iguales y la vida, lo cotidiano, lo enmarcado en las estructuras sociales nos ubica en un lugar diferente, por conocimientos, esfuerzo, posibilidades familiares, económicas, etc.

La relación Docente-Alumno

Los docentes generalmente educamos para que nuestros alumnos adquieran conocimientos. Pero encender el conocimiento no es meramente transmitirlo o demostrar lo mucho que yo como docente sé o aprendí. Generalmente esperamos formar profesionales que trabajen con ética, que transmitan valores, que tengan ciertas capacidades, destrezas o competencias, ¿Cómo obtendrán nuestros alumnos todo esto? ¿Cómo se formarán en valores? ¿Cómo si nosotros los docentes no los transmitimos, no somos autocríticos ni respetamos al otro como nuestro prójimo.

Pensamos que es necesario el trabajo individual y también es importante trabajar en grupo, porque esto permite educar en cooperación, compañerismo, relaciones interpersonales, lleva a que los alumnos se comuniquen y aprendan de la amistad, se responsabilicen, cumplan normas sociabilizadoras, etc. Pero con ello no basta para formar profesionales, es necesario compartir con los alumnos. El mero hecho de que los alumnos trabajen en grupo no hace que nosotros como docentes nos interese en ellos. Muchas veces los alumnos pasan como números por nuestras aulas, como entes sin sentido, sin sentimientos, nos importan poco sus problemas, sus vidas. ¿Cómo acercarnos al alumno desde un lugar distante?

Claro está que no necesitamos formar lazos de amistad con ellos, puesto que esa puede ser una empresa imposible. Además ¿Cómo lo evaluaremos luego? ¿Donde quedará la objetividad? Comúnmente nos escondemos tras el muro de la objetividad para evitar conocer sobre nuestros alumnos y esto no es beneficioso para ninguno. Pegotearnos y mantenernos en el mismo nivel en vocabulario y vestimenta que ellos, intentando mimetizarnos tampoco lo es. Nuestra tarea, difícil pero posible será buscar un término medio donde al menos nos reconozcamos como semejantes.

Entonces se hace necesario reconocer el entorno con el que ellos interactúan, la situación en la que viven. No hace falta escudriñar demasiado, lo mínimo basta para que el alumno se sienta contenido, comprendido, motivado, escuchado, para que sienta que para el docente es un ser humano y no un número.

Debemos recordar que no sólo mediante nuestros actos comunicamos. Nuestra postura dice algo, nuestro modo de vestir, hablar, gesticular, escuchar genera una imagen. Así formamos una imagen del alumno cuando participa, cuando realiza aportes significativos, cuando no colabora, etc. Esa es la misma imagen que ellos se forman de nosotros y comúnmente escuchamos decir a nuestros alumnos: - "el profe buenito, el profe malo". No olvidemos que lo importante no es ser el bueno o el malo de la película, lo importante es ser uno mismo, ser auténticos, para que nuestros valores y principios sirvan de ejemplo.

Al igual que cuando el niño es pequeño quiere parecerse a la madre o el padre, el joven universitario busca imitar a uno u otro docente, es decir, también somos referentes, somos ejemplo. A decir del Dr. Alberto Tasso "somos tutores, ¿Y qué es un tutor? Entre las diversas acepciones que propone la palabra (pueden buscarla en un buen diccionario etimológico, y avisarme lo que encuentren), me quedo con esta: es una estaca (rígida y estéril, apenas una rama seca) colocada junto al retoño que crece (vivo y animoso) para protegerla del viento." Quizás el tutor no florecerá, pero será el sostén para que el retoño crezca fuerte y frondoso, colmado de vida, florezca, y de buenos frutos.

Para lograrlo es preciso repensar nuestra relación con los alumnos, realizar un análisis y ver que debemos mejorar. No olvidemos que somos humanos y que como tales tenemos errores, pero podemos crecer a la luz de Cristo al igual que el retoño. Benedicto XVI no dice "servir es entregarse a sí mismos; ser no sólo para sí mismos, sino para los demás, de parte de Dios y cara a Dios: éste es el núcleo más profundo de la misión de Jesucristo, y a la vez, la verdadera esencia de su sacerdocio".

Dar el primer paso

Para iniciar un nuevo camino, a veces el primer paso es el más difícil. Podemos comenzar preguntándonos: ¿Cómo es nuestra relación con los alumnos? ¿Qué esperamos de ellos? ¿Qué pretendemos lograr como docentes? ¿Qué tipo de evaluaciones realizamos?

Cada uno responderá de diferente manera las primeras preguntas, pero cuando nos referimos al tipo de evaluación que realizamos dubitativamente decimos que es la que se refiere a la cantidad de conocimientos y habilidades adquiridas por los alumnos. Como expone Miguel Santos Guerra, la evaluación puede tener diferentes funciones, entre ellas clasificar, comprobar, diagnosticar, comprender, mejorar, dialogar, controlar, jerarquizar o aprender, entre otras.

¿Porqué detenernos a evaluar solamente conocimientos teóricos? ¿Porqué buscamos que el alumno clasifique, compruebe o jerarquice? Podemos evaluar relación, análisis, diagnóstico, comunicatividad, comunicación, apropiación de contenidos. ¿Para qué quedarnos solamente con un tipo de evaluación?

Habitualmente, como docentes evaluamos para conocer el avance o el grado en el que los alumnos adquieren conocimientos, habilidades y/o destrezas, es el acto que se efectúa para identificar en qué medida el alumno aprendió algo. A decir de Prieto Castillo (2010) “la palabra evaluación está ligada al verbo evaluar y a la vez éste a todo lo relativo a atribuir, o reconocer un valor a algo”.

Si bien la evaluación es un recurso importantísimo del aprendizaje, esta debe convertirse en una práctica compartida en la cual uno tenga responsabilidad de sí mismo y de los demás también. Además debe ser fundamentada en la identificación de los ejes básicos a evaluar: el saber, saber hacer y saber ser en relación al contexto, los contenidos, los grupos, la futura profesión, etc.

Esto nos remite a una educación particular, diría privilegiada, nos invita a generar un nuevo modo de ejercer la educación, a educar para la vida, para ser mejores seres humanos, para colaborar, ayudar, comprender al otro, para ser luz que ilumine el camino de la profesión. Educar para que los valores cristianos conjuntamente con los conocimientos trasciendan los portales de nuestra Casa de Altos Estudios.

Decimos educar para la vida, pero...¿Qué es la vida?

La vida es según el diccionario de filosofía de Ferreter Mora (1964): algo que oscila entre un interior y un exterior, entre un "alma" y un "cuerpo" y, además, lo que hace posible crear el ámbito dentro del cual se da la unidad de ambos "extremos". Cuerpo y alma, alma y cuerpo.

“Desde nuestra concepción religiosa la vida humana empieza con la unión del óvulo y el espermatozoide en el tercio externo de las trompas de Falopio de la madre. Es sólo cuestión de tiempo para que el ser humano crezca y desarrolle todas sus capacidades y potencialidades en los siguientes nueve meses de vida (y el resto de años fuera del útero de la madre)” (Dr. Luis E. Ráez, 2011).

Vivir implica estar en consonancia con Dios. La vida humana “es fruto de la acción creadora de Dios y permanece siempre en una relación especial con el Creador, su único fin” (Catecismo de la Iglesia Católica, 2258)

El Papa Benedicto XVI, a través de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA), ha querido que este año fuera el “Año de La Vida”. Esto nos obliga a pensar como vivimos nuestra vida y de que manera respetamos la ajena, analizando de que modo acompañamos y cuidamos a los demás, como hizo nuestra madre María, en su camino hacia la luz. Este gesto de amor por los otros y por nosotros mismos será posible en tanto entendamos que “*Si hay amor hay lugar para la vida*”.

¿Por qué educar para la vida?

Necesitamos como educadores reconstruirnos constantemente a través de convertirnos en un punto de referencia, ser un ejemplo a seguir por los futuros profesionales, debido a que es indispensable educar con valores, ética y sobre todo a la luz del evangelio. No podemos pedir que lo demás realicen lo que nosotros decimos pero no hacemos.

Para ello, hay que realizar un esfuerzo quizás impensado. Debemos tomar el ejemplo de Cristo, él logró quedar en nuestros corazones, marco nuestras vidas y fue capaz de dar la vida por nosotros. Para vivir hay que aprender a convivir, a vivir con los demás, a cooperar y compartir. Como expresara Simón Rodríguez “la clave pasa por lo compartido, por lo que puede ser aprendido de los demás”.

Compartir del latín *compārtiri*, es la acción de distribuir, repartir o dividir algo en varias partes, ello implica una concesión gratuita de uso, un regalo o una donación que parte de una muestra de bondad y generosidad. Habiendo entendido el concepto de compartir podremos comprender a nuestra Madre Teresa de Calcuta cuando afirmaba que “El que no sirve para servir, no sirve para vivir.”

Es bueno recordar en este punto las obras de misericordia, que son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf Is 58, 6-7: Hb 13, 3). Las obras de misericordia son 14 y se dividen en 7 Espirituales y 7 Corporales. A quienes educamos nos incumbe llevar a nuestras vidas las que se refieren a las necesidades del prójimo en cuanto a: Enseñar al que no sabe, Dar buen consejo al que lo necesita y Corregir al que yerra.

Nuestro rol docente implica necesariamente una actitud empática, en donde el otro pasa de ser solo un alumno a ser nuestro prójimo. Y a partir de ello hermanados en Cristo poder vivir la experiencia de ser amados por Dios Padre.

Nuestro rol en la cultura

Nosotros como actores sociales compartimos creencias, vivencias, valores, entre otros factores culturales, por ello hay que reconocer que la educación se establece dentro de una cultura. La cultura encierra aspectos impredecibles. Como educadores cuando dictamos el mismo tema hemos aprendido, hemos crecido, hemos adquirido nuevos conocimientos, que intervienen en el modo de expresarnos, en una nueva experiencia enriqueciéndola y forjando de este modo una educación diferente.

Se debe tener en cuenta que hay que educar para la comprensión, entendiendo que, a decir de Edgar Morín, “la comprensión es al mismo tiempo medio y fin de la comunicación humana”. Difícilmente un niño solo y sin relación con otros seres humanos podría sobrevivir, pues claro está que tampoco podría concretar una

educación y mucho menos un aprendizaje, para lograrlo es necesario la comprensión.

Debemos educar siendo testigos de la luz, de la misericordia, de la paz, de la gracia y de la vida que ha acontecido y acontece en nosotros a partir del encuentro con Dios y en Dios que se refleja en el otro. **Somos quienes debemos encender el conocimiento de nuestros alumnos, para iluminar el candelero de sus vidas.**

"Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone debajo de un lecho, sino que la pone sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. Pues nada hay oculto que no quede manifiesto, y nada secreto que no venga a ser conocido y descubierto". (Lc. 8. 16-17)

Es así, que nuestra misión es encender las llamas de nuestros alumnos, no para que nos salvemos en solitario sino para que demos frutos de buenas obras. Así cuando lo demás vean irradiar nuestras obras glorificarán al Padre y entrarán en el camino que lleva a la vida.

Jesús nos dice: "vosotros sois la luz del mundo". Nosotros debemos mostrar a los demás esa luz que transmite la justicia, la verdad y la paz, que no solo ilumina sino que también da calor fraternal, y más aún que disipa las tinieblas. A partir de exponer esta luz ayudamos a otros a encontrar a Cristo y en él, el amor por el prójimo.

Conclusión

Podemos educar desde un lugar diferente, debemos recordar que todos tenemos necesidades, que pasamos situaciones difíciles y no tanto, pero sobre todo que debemos ser ejemplo de vida para que nuestro actuar trascienda e ilumine el conocimiento de los demás.

Debemos seguir el ejemplo de Jesús. Amar sin ser amado, perdonar sin ser perdonado, esforzarnos para ser mejores personas cada día, de allí deviene ser mejores docentes.

Por último, y a modo de invitación a encender el candelero, es necesario recordar la exhortación que hiciera Pablo VI: "Y que el mundo de nuestro tiempo que busca, tan pronto en la angustia, tan pronto en la esperanza, pueda recibir la Buena Noticia, no de evangelizadores tristes y descorazonados, impacientes o ansiosos, sino de ministros del Evangelio cuya vida irradia fervor, que son ellos mismos los primeros en recibir el gozo de Cristo, y aceptan poner en juego su vida para que el Reino sea anunciado y la Iglesia implantada en el corazón del mundo."

Bibliografía:

Ferreter Mora, José. Diccionario de Filosofía, Sud Americana, Buenos Aires, 1964.

Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer SA, Bilbao, España, 1967.

Morín, Edgar, Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, Barcelona, Paidós, 2001.

Prieto Castillo, Daniel. Especialización en Docencia Universitaria, Mendoza, Facultad de Ciencias Sociales, 2010.

Pablo VI (papa de 1963-1978). Exhortación apostólica « Evangelii nuntiandi » § 80

Santos Guerra, Miguel. La Evaluación: Un Proceso de Dialogo, Comprensión y Mejora, Archidona, España, 1993.

Web Site:

Dr. Alberto Tasso: <http://www.tesiscomoaventura.blogspot.com/>

Dr. Luis E. Ráez: <http://www.aciprensa.com/vida/inicio.htm>